

TATIANA KOFFMAN

El mito del dinero

Escapando del sistema financiero fallido



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Los editores no han comprobado la eficacia ni el resultado de las recetas, productos, fórmulas técnicas, ejercicios o similares contenidos en este libro. Instan a los lectores a consultar al médico o especialista de la salud ante cualquier duda que surja. No asumen, por lo tanto, responsabilidad alguna en cuanto a su utilización ni realizan asesoramiento al respecto.

Colección Éxito

EL MITO DEL DINERO

Tatiana Koffman

Título original: *Myth of Money: Breaking Out of the Failing Financial System*

1.ª edición: noviembre de 2025

Traducción: *David George*

Maquetación: *Juan Bejarano*

Corrección: *Ana Ticó Roglà*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

Ilustraciones: *Lena Xiao*

© 2025, *Tatiana Koffman*

Libro publicado por acuerdo con el editor original:

John Wiley & Sons, Inc.

(Reservados todos los derechos)

© 2025, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-337-4

DL B 15366-2025

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Agradecimientos	7
Introducción: mi viaje hacia la libertad	11
 1. Descorriendo el telón de acero	19
Las raíces de la resiliencia	21
La caída del Imperio soviético	22
El nacimiento de los derechos de propiedad en el Este	29
Lecciones de la niñez: la vida está llena de adversidades	31
Pánico bancario en Rusia	34
Nos vamos a Occidente: el inicio de una vida nueva en Norteamérica	37
Los años universitarios: la silla de un filósofo	40
MITO NÚMERO 1: Tu pasado define tu futuro	43
 2. El cuarto de calderas moderno	45
Una chica en el parque: los aspectos negativos de las altas finanzas	47
David y Goliat: abriéndose camino en el mundo de la banca de inversión	56
Sudando la mesa de permutas financieras (<i>swaps</i>): la renta fija	61
Dinero en abundancia e inversores expertos: acciones y participaciones	65
«Me gustan estas acciones»: una saga de GameStop	68
Bajándose del tiiovivo	72
MITO NÚMERO 2: Los bancos existen para nuestro beneficio	74

3. La cultura del dinero	77
De Linkin Park a The Chainsmokers: la música y el arte del capital de riesgo	82
Y Combinator y el marco del capital de riesgo	86
Unicornios, las Kardashian y la revolución de los <i>tokens</i> no fungibles (TNF)	94
¿Es sostenible el capital de riesgo?	99
Los TNF como arte financiero	102
MITO NÚMERO 3:	
Ganar dinero tiene que ser aburrido	104
 4. La impresora de dinero	 107
El viaje al sótano de mis padres	108
Escuelas clave de pensamiento económico	113
Una criatura despierta: la Reserva Federal entra en acción	117
La impresora de dinero empieza a sonar	125
La recuperación en forma de «K»	129
Huida hacia la seguridad	133
MITO NÚMERO 4:	
La gente corriente no necesita comprender la política económica	134
 5. Érase una vez en El Salvador	 137
El nacimiento del Bitcoin	138
Una historia de amor: la primera economía circular del Bitcoin	146
El primer país en hacer que el Bitcoin fuera moneda de curso legal	155
MITO NÚMERO 5:	
El Bitcoin es un timo	160
 6. El Líbano en llamas	 163
Una casa de papel	164
Una breve historia del dinero	165

La Segunda Guerra Mundial: una renovación de los sistemas financieros	170
El triunfo del dólar	172
La crisis en Beirut: la hiperinflación hace zozobrar la barca	174
La hiperinflación: desencadenantes y consecuencias	178
MITO NÚMERO 6:	
Toda moneda fiduciaria es de confianza	186
7. El arte de un esquema Ponzi	189
Las Vegas de Oriente Medio	190
Soy rica, perra: lecciones de la <i>suite</i> de Larry dedicada a las criptomonedas	194
El origen de las criptomonedas	206
El nacimiento de Ethereum	208
Otros tipos de criptomonedas	210
Abandonada en Mónaco	215
Liquidando y retirando efectivo	219
MITO NÚMERO 7:	
Todas las criptomonedas son buenas inversiones	220
8. Dando un salto hacia una África descentralizada	223
La cuarta revolución industrial	225
El Camp David de Sudáfrica: una visita presidencial	230
Un desvío a la isla Necker	233
Así pues, ¿qué es la inteligencia artificial?	236
En la guarida del león: las aplicaciones de cadenas de bloques Kenya y Nigeria	239
MITO NÚMERO 8:	
Las tecnologías de la cadena de bloques no tienen un impacto en el mundo real	248
9. El punto de ruptura	251
Cuando tu mente y tu cuerpo fallan: retirada a Bali	253
Colapso del mercado: una reacción en cadena (de bloques)	257

Cae la primera ficha de dominó: TerraLUNA	258
La segunda ficha de dominó: 3 Arrows Capital	258
La tercera ficha de dominó: FTX y Alameda se declaran en bancarota	260
El contagio	261
Aterrizaje suave en un estanque de arenas movedizas: la contracción cuantitativa	263
La nueva crisis de la banca estadounidense	266
Tras la puerta de la cámara acorazada: hay menos de lo que crees	269
Protégete de la turbulencia económica	273
MITO NÚMERO 9: Hacerse rico rápidamente es fácil	276
10. Despertando del sueño americano	279
El principio del final	282
La deuda estadounidense: una espiral descendente	286
Monetizando la deuda	288
La desdolarización global	290
El dinero digital de China: liderando el yuan digital	293
Tras el campo de batalla: la economía de guerra	296
Ucrania contra Rusia	299
Israel contra Hamás	301
El Bitcoin es una protesta silenciosa	305
MITO NÚMERO 10: El dólar estadounidense es diferente	307
Un camino hacia delante	309
 Acerca de la autora	 321
Índice analítico	323

Agradecimientos

Escribir un libro ha resultado ser un desafío mayor que el que nunca hubiera imaginado. Escoger escribir es escoger traer un pedazo de ti a este mundo, algo que perdurará y que reflejará quién eres en ese momento. Exige que se preste atención a incontables detalles, cada uno de ellos con la capacidad de hacer descarrilar el proyecto. Además, requiere de introspección diaria, cuestionándote si tienes lo que hace falta y si alguien se molestará en leerlo una vez esté terminado. Es una crisis existencial autoimpuesta que dura la totalidad del viaje.

La creación de este libro no habría sido posible sin el apoyo de personas increíbles a lo largo del camino, cada una de ellas desempeñando un papel crucial en este viaje.

En primer lugar, extendiendo mi sincero agradecimiento a todos los que han ayudado a traer a la vida este proyecto: a Bill Falloon y a todo el equipo de Wiley, a Molly Pisani y Katherine MacLellan por su excepcional apoyo con la edición, y a mi equipo en Moonwalker Capital, Saif Shaikh y Axel Broks, que reservaron espacio para este proyecto y ayudaron a refinarlo a lo largo del camino.

Este viaje de mi vida y mi trayectoria profesional no hubiese sido posible sin muchos amigos que me han respaldado y me han aportado alegría en todo momento. Aunque incluir una lista completa es prácticamente imposible, deseo mencionar algunos nombres que me vienen a la mente. Un agradecimiento sincero a Eyal Baumel y Corey McGuire por mantenerme inspirada y motivada; a Trevor Koverko y Q Dhalla por invitarme siempre a nuevas aventuras, muchas de las cuales supusieron contenidos para las historias que relato; a Nataliya Kotlyarova, Lauren Bissel, Teodora Atanasova y Kate Kallot por ser mis «Ángeles de Charlie» en la vida real mientras explorábamos el mundo; a sir Richard Branson, por ayudarme a des-

cubrir mi talento oculto; a Rob Rhinehart, por empujarme a escribir; a Chris Pan y Brett Leve por creer en mi potencial; a Ben Zion y Loro Masnah por reavivar mi pasión por el arte, y a mis queridos amigos Analise Roland y Ebenezer Bond por aparecer con bondad durante los momentos más difíciles de este viaje.

Además, extendiendo mi gratitud a los grandes mentores en mi vida: el profesor Jim Crimmins, que me enseñó acerca de la filosofía y el funcionamiento del mundo; el senador Jerry Grafstein, que me enseñó a creer en mí misma; Jay Rosenzweig, por su apoyo leal y sus ánimos en todos mis empeños, y al rabino Lori Shapiro por guíame siempre con luz.

Por último, un hondo agradecimiento a mis padres y a mi familia por proporcionarme una historia que vale la pena contar.

Mito (sustantivo):

1. Una historia tradicional, especialmente una que hace referencia a la historia primitiva de un pueblo o que explica algún fenómeno natural o social.
2. Una creencia o idea generalizada, pero falsa.

Dinero (sustantivo):

1. Cualquier cosa o medio de intercambio que simboliza un valor percibido.
2. Los activos, propiedades y recursos poseídos por alguien o algo; riqueza.

Introducción: mi viaje hacia la libertad

«La única verdadera sabiduría yace en saber que no sabes nada».

Sócrates

Empecé a escribir este libro en abril de 2020, en medio de los inicios de la pandemia de la COVID-19. En ese momento, se me estaba pasando por la cabeza que el dinero podría ser un mito, en uno o los dos sentidos habituales del término. ¿Era el dinero nada más que la historia que nos contamos y que nos habíamos estado contando a nosotros mismos desde que empezamos a intercambiar conchas de cauri en las playas de la prehistoria? ¿Y estaba el relato basado en algo inherentemente cierto, real o bajo nuestro poder o control?

Ha sido una odisea personal de cuatro años de duración mientras el mundo cambiaba a mi alrededor. Los países y las economías cerraron durante semanas, meses, años. La agitación social se extendió por Occidente mientras la brutalidad policial desencadenaba manifestaciones y disturbios en masa que condujeron a una mayor brutalidad policial. Se desataron guerras en Ucrania y Oriente Medio (y conflictos armados en docenas de otros lugares), lo que nos recordó que a la humanidad le queda mucho camino por recorrer para alcanzar la igualdad, la justicia y la paz.

En el momento en el que empezó esta aventura yo tenía treinta y dos años y vivía en Los Ángeles. Mi vida parecía perfecta desde fuera, pero todo estaba desmoronándose en silencio, o quizás no tan en silencio. Como profesional con una formación académica superior con grados en Ciencias Políticas, Derecho y Empresariales, había pasado la década anterior trabajando en el sector de las finanzas: desde los sofocantes parqués o salas de transacciones del mercado de valores de los bancos hasta los áticos y las fiestas a puerta cerrada de Los Ángeles (California).

Mi trayectoria profesional comprendía la banca de inversión, el *trading* de derivados financieros y las inversiones en capital de riesgo para celebridades como el icónico grupo musical Linkin Park y The Chainsmokers, situados entre los cinco *disc-jockeys* mejor pagados del mundo. Esta línea de trabajo me llevó a destinos glamurosos como Nueva York, Londres, Dubái y Mónaco, ofreciéndome experiencias dignas de ser publicadas en Instagram muy alejadas de mis orígenes humildes en Ucrania y de la inestabilidad económica de la mayor parte de mi niñez. Sentía orgullo por cómo me estaba yendo la vida.

Además, a principios de 2020, mientras la pandemia aparecía por el horizonte, también estaba sintiendo ataques constantes de ansiedad e insatisfacción. Me di cuenta de que, a pesar del exterior aparentemente glamuroso, mi trayectoria profesional en las finanzas me había dejado con las manos vacías: no podía permitirme comprarme una casa o un coche y vivía al día, sufriendo bajo la carga de más de cincuenta mil dólares de deuda en mis tarjetas de crédito. Estaba rodeada de riqueza, la generé para otros, y, pese a ello, me sentía inequívocamente arruinada (a falta de una mejor palabra).

Comparto esta información por adelantado porque nuestra visión del mundo es inherentemente subjetiva y está moldeada por nuestras experiencias en la vida, y es importante ser honestos en cuanto a nuestras circunstancias cuando exponemos nuestras historias y opiniones. Los puntos de vista expresados en este libro no suponen una excepción, y engloban elementos de la historia, el análisis y sesgos innatos. Si nuestra mente fuera una batidora, la mezcla resultante

consistiría en recuerdos de infancia, educación, exposición a los medios y debates a la mesa a la hora de la cena con amigos y familiares, además de una buena dosis de miedo presentado por nuestras circunstancias vitales actuales. Mi mente no supone una excepción. Si hubiera escrito desde otra parte del mundo o con un conjunto distinto de experiencias, mi historia hubiera sido enormemente diferente.

Sin embargo, este libro es una recopilación de conocimiento desde mi perspectiva: un conocimiento del mundo financiero que me vi forzada a considerar y catástrofes del mercado que moldearon mi camino. Relata todo lo que he aprendido del dinero a lo largo de mi vida, detallando mi viaje para alcanzar la independencia económica y convertirme en la primera millonaria hecha a sí misma en mi familia, y a no sentirme ya pillada por sorpresa por los efectos cotidianos del sistema financiero que controla nuestra vida.

Empecé a trabajar en este libro durante la pandemia y, así pues, a veces, intento contestar a una pregunta en cierto modo existencial: ¿Cómo llegamos hasta aquí?

El 11 de marzo de 2020, Donald Trump, el presidente de EE. UU., hizo una declaración nocturna durante una conferencia de prensa. En un movimiento sin precedentes, anunció que la frontera estadounidense se cerraría a los viajeros europeos. Al cabo de una semana, la prohibición se extendió a Canadá, México y el resto de mundo. El pánico se palpaba en el ambiente: miedo, incertidumbre y duda. Mucha gente se preguntaba: ¿Podemos fiarnos de la información que nos exponen los que ostentan el poder?

Regresando a Los Ángeles en el último vuelo desde el aeropuerto JFK, fui al supermercado y me abastecí de víveres no perecederos para los siguientes seis meses (arroz, trigo sarraceno, ramen y maíz en conserva), todavía sin captar por completo el alcance de esa crisis emergente. No pude evitar preguntarme si esta situación reflejaba aquella a la que mis bisabuelos judíos se enfrentaron durante la Segunda Guerra Mundial, o lo que mi madre experimentó mientras esperaba, ansiosa, durante horas haciendo una cola, aferrándose a su cartilla de racionamiento en la Unión Soviética. A día de hoy, creo que mi reflejo de abastecerme de provisiones fue un recuerdo gené-

tico codificado en mí por los traumas de mis antepasados. Después de todo, fui la única, de entre mis amigos, con suficiente gel desinfectante para pasar toda esa temporada.

A lo largo de las siguientes semanas, los negocios de las principales ciudades cerraron sus puertas, las escuelas y universidades enviaron a los estudiantes a casa, y los cruceros y los aviones cesaron su actividad por tiempo indefinido. Para frenar la propagación del virus, la gente se abstuvo de ir a restaurantes, comprar en tiendas físicas e irse de vacaciones. Las preocupaciones por pagar el alquiler y otros gastos aumentaron mientras el dinero se convirtió en una prioridad de máximo nivel para todos.

EE. UU. no estaba solo en cuanto a su aislamiento autoimpuesto, ya que los países de todo el mundo implementaron sus propias medidas de confinamiento. Rusia amenazó con encarcelar a los que salieran de casa sin permiso, mientras que China empleó una tecnología de rastreo sofisticada para monitorizar los movimientos de los ciudadanos. Con una población de mil trescientos millones de personas, la India ordenó a todos sus habitantes que permanecieran en sus casas durante veintiún días, lo que dio lugar a que mucha gente estuviera hacinada en viviendas pequeñas con malas instalaciones sanitarias y un acceso limitado a suministros. Después de décadas de globalización y de comercio libre, el mundo se vio repentinamente silenciado.

La pandemia de 2020 tuvo un importante impacto sobre la economía estadounidense, precipitándola a un estado de pánico. El 12 de marzo, el índice Dow Jones vivió su descenso más abrupto en un día desde 1987, cayendo más de un 10 %, mientras que el precio del crudo se desplomó un 34 %. En mayo, más de treinta millones de estadounidenses presentaron solicitudes de desempleo, y todos los nuevos trabajos creados desde la crisis financiera de 2008 se desvanecieron, con las tasas de desempleo alcanzando niveles similares a los de la Gran Depresión. Decenas de miles de estadounidenses empezaron a morir cada semana, y las morgues y algunos lugares se llenaron tan rápidamente que los hospitales se vieron obligados a almacenar los cadáveres en camiones refrigerados.

Y entonces, cuando pensábamos que en el año 2020 las cosas no podían empeorar, el mundo se vio sacudido por la injusta muerte de George Floyd a manos de la policía el 25 de mayo. La indignación se disparó en todo el mundo, y dio lugar a protestas en más de ciento cuarenta ciudades de todo el globo. Manifestantes pacíficos, con niños entre ellos, fueron rociados con gas pimienta, apaleados, tiroteados e incluso atropellados por vehículos policiales, todo lo cual fue captado en vídeo y compartido en las redes sociales como Instagram. Los propietarios de pequeños negocios vieron como sus escaparates fueron saqueados por oportunistas que se aprovecharon del malestar político durante disturbios violentos en Minneapolis, Atlanta, Chicago, Los Ángeles y Nueva York, entre otros lugares.

Sentí angustia.

Aunque yo, en algunos sentidos, soy una forastera en cuanto a la vida estadounidense (soy judía, inmigrante y mi lengua materna no es el inglés), con el tiempo me he integrado más: mis nuevos amigos no siempre se dan cuenta de que nací en el extranjero. Además, al ser blanca, nunca tuve que preocuparme por si era maltratada por mis profesores o la policía, y tampoco tuve que temer que me negaran un trabajo debido al color de mi piel. Lo más importante es que nunca comprendí cómo era vivir en un sistema diseñado para hacerme daño en lugar de protegerme. Todavía tenía que ver de primera mano cómo una sociedad se volvía contra sí misma.

La crisis económica y racial en curso en nuestra sociedad me recordó los principios filosóficos que había estudiado en mis años universitarios. En su libro *Leviatán*, escrito en 1651, el filósofo inglés Thomas Hobbes planteaba que toda sociedad democrática se basa en un contrato social: un contrato que todos suscribimos implícitamente para cooperar con las normas del estado a cambio de recibir beneficios sociales. En pocas palabras, los ciudadanos aceptan acatar las normas y expresar sus opiniones mediante medios pacíficos a cambio de servicios como carreteras, hospitales, seguridad, educación, bienestar económico, etc. Naturalmente, hay gente que opta por no participar (evita pagar impuestos, vive de la tierra en áreas remotas o emigra a otros lugares). Sin embargo, para la mayo-

ría de nosotros, los beneficios de formar parte de una sociedad organizada y democrática superan a los sacrificios.

En 2020, el gobierno estadounidense se quedó corto en tres áreas clave de su obligación bajo el contrato social. La primera área, y la más obvia, fue la de la seguridad, tal y como se puso de evidencia con el descontento creciente por la brutalidad policial. Confiamos en nuestro gobierno y nuestra policía para que nos protejan y para estar en el lado de los inocentes. ¿Qué sucede cuando las comunidades ya no confían en los cuerpos policiales y empiezan a practicar una vigilancia policial propia? ¿Seguimos estando de acuerdo con un contrato social con un estado en cuyos cuerpos policiales ya no confiamos?

La segunda área importante de fracaso gubernamental consistió en los servicios sanitarios. Los cuidados de la salud deberían ser un derecho humano básico, pero Estados Unidos es el único país desarrollado del mundo que no ofrece un sistema de salud público a sus ciudadanos. En lugar de ello, exige a los ciudadanos invertir en un sistema de seguros carísimo que hace que los cuidados de la salud resulten prohibitivos para la mayoría. Mientras tanto, no sólo tiene EE. UU. la menor esperanza de vida de entre los países desarrollados, sino que también tiene el porcentaje más elevado de muertes evitables. Aunque puede que a la pandemia le hubieran dado igual las fronteras o las diferencias en el estatus económico, reveló que nuestro sistema sí las tiene en cuenta: aquéllos que se encuentran en los grupos socioeconómicos más desfavorecidos (los que dependían más del transporte público, vivían en espacios reducidos y tenían problemas de salud preexistentes) fueron los que más sufrieron con la COVID-19. Por supuesto, también eran exactamente las mismas personas que era más probable que, ya para empezar, menos pudieran permitirse la asistencia médica).

El tercer fracaso gubernamental, y el más importante, durante la pandemia fue el económico, y este es el fallo que es prioritario en este libro.

Tal y como me han enseñado las experiencias difíciles, hay luz al final del túnel, pero sólo para aquéllos que la buscan y perseveran en

su búsqueda. En este libro ofrezco un rayo de esperanza para cualquiera enredado en la confusión o que esté desilusionado con el sistema financiero, que tan frecuentemente parece estar trucado en nuestra contra. Muestro mi odisea personal: un viaje que abarca las esferas políticas de Oriente y Occidente, las aventuras por el mundo de alto riesgo de las finanzas tradicionales, y zambullidas en los reinos del espectáculo y del capital de riesgo en el corazón de Los Ángeles. Relato mi profunda inmersión en el vórtice del Bitcoin, mi asiento de primera fila en un esquema de criptomonedas en Dubái y mis temporadas de exploración por los distintos paisajes de África. Además, saco a la luz las experiencias de primera mano de otros por las turbulencias y los logros financieros en el Líbano y El Salvador. Después de todo ello, me quedo con una convicción dominante: si el dinero es un mito, entonces es una historia que sería mejor que escribieses por tu cuenta.

A lo largo de este libro, te encontrarás un tema recurrente que hará énfasis en el Bitcoin y en los sistemas financieros descentralizados. Esto no es casual. Tengo como objetivo ofrecer una perspectiva completa de nuestro ecosistema financiero y sus inconvenientes históricos, además de aportar una ojeada a nuestra trayectoria futura potencial. Para mí, el Bitcoin no es sólo un activo digital, sino que es nuestra salvaguarda económica más fuerte contra lo que está por venir.

Éste no es un libro de finanzas personales.

Lo que se encuentra en estas páginas es un mosaico de historias y de lecciones duramente aprendidas de la última década: un período que me vio ganarle la partida al sistema financiero, forjar mi propia visión del éxito y abrirme camino por los desvíos amenos y, a veces, dolorosos que la vida lanzó en mi camino. Mi aspiración es que, a medida que vayas pasando estas páginas, experimentes unas revelaciones que te abran los ojos y que, por lo menos, encuentres algún tipo de entretenimiento en el relato de mi viaje.

Pero este libro es más que unas memorias: es un análisis crítico de las corrientes económicas cambiantes del mundo, una mirada informal a los retos a los que se enfrenta EE. UU. globalmente de-

bido a sus estrategias económicas y, más crucialmente, una guía sobre cómo abrirse camino por la tormenta financiera de la próxima década. Este libro ha sido escrito no sólo para mis contemporáneos, sino también para una nueva generación deseosa de aprender, además de para la generación de mis padres, que se encuentran batallando para mantenerse al día con el paisaje financiero constantemente cambiante.

Espero que, a medida que vayas avanzando por los siguientes capítulos, forjes tu propio viaje para desmitificar el mito del dinero y para obtener un poco de inspiración para unirse a mí en un camino menos transitado.



Descorriendo el telón de acero

«La felicidad y la libertad empiezan con una comprensión clara de un principio: algunas cosas se encuentran bajo nuestro control y otras no».

Epicteto

En el verano de 2023, mientras ensamblaba este capítulo, me llegó una invitación para dar una conferencia en la Universidad Pepperdine, ubicada entre las tranquilas montañas de Malibú (California). Pepperdine, que es una prestigiosa institución cristiana famosa por sus rigurosos valores académicos y espirituales, atrae a estudiantes de familias estadounidenses acomodadas y élites internacionales, todas ellas pagando más de sesenta mil dólares por año de enseñanza.

Aunque no era mi primera conferencia, este compromiso concreto me dejó una impresión duradera. Acababa de sacar provecho del tumultuoso pero gratificante último ciclo alcista de las criptomonedas, y llegué al campus con el aire de un estatus nuevo. Una serie de inversiones astutas y de transacciones estratégicas me había catapultado hacia una vida en la que antaño sólo había podido soñar: vivir en una casa tranquila frente al océano en Malibú, condu-

ciendo el elegante y silencioso zumbido de un Tesla nuevito, y llevando el sutil brillo de un Rolex propio de un presidente. Avanzaba por el mundo con una sensación de aplomo, como si hubiera descifrado los códigos más crípticos de la vida, especialmente los relacionados con la riqueza.

Pese a ello, era consciente de que no debía desprender ese tufo de «nueva rica». Los que vienen de tener muy poco, como yo, experimentan cambios psicológicos importantes cuando pasan a ser ricos. Forma parte del mito del dinero. La mayoría de las veces, las sensaciones son una mezcla del síndrome del impostor envuelto de culpa. *¿Por qué tengo este lujoso coche y este reloj caro mientras otros tienen poco, en comparación? Yo no soy mejor que mi dulce mujer de la limpieza venezolana, que limpia mi casa por veinte dólares la hora, y aun así ella se gana la vida con un trabajo físico mientras yo viajo por el mundo y trabajo con transacciones de muchos millones de dólares.* Trabajé duro para alcanzar mi reciente éxito, pero, pese a ello, los incisivos sentimientos de culpa seguían aflorando en forma de náuseas en mi débil estómago.

Estos sentimientos me acompañaron mientras me preparaba para mi conferencia sobre las criptomonedas, frente a alrededor de un centenar de invitados y estudiantes, la mayoría de los cuales procedían de familias respetadas y adineradas: familias que era improbable que hubieran experimentado estar al borde de la pobreza como yo o el síndrome del impostor que acompaña a un éxito recién obtenido. Me pregunté: *¿Verán lo que pienso? ¿Pensarán que soy un fraude?*

Pese a ello, ser invitada a impartir conocimientos a las mentes brillantes y entusiastas de Pepperdine no era simplemente un honor, sino que constituía una afirmación de mi viaje, un marcador tangible de haberlo «conseguido». Mientras me encontraba de pie, frente a esos estudiantes, percibí una sensación de culminación, un momento de reflexión y reconocimiento de que lo que había conseguido era realmente mío, un testimonio del viaje, las decisiones y la búsqueda incansable del éxito que me habían llevado hasta ese momento. Era un recordatorio relevante de que algunos hitos en la vida no consisten sólo en llegar sino en comprender y abrazar el camino que nos ha llevado hasta allí.

Las raíces de la resiliencia

Hace algunos años, exploré mi linaje a través de 23andMe (una empresa de biotecnología y genómica personalizada), y descubrí un caleidoscopio de raíces europeas que abarcan una herencia ucraniana, húngara, polaca, rusa y judía askenazí, con un sorprendente destello de un 1 % de ascendencia asiática oriental. Nací el 9 de febrero de 1988 en la ciudad ucraniana de Cherkasy, que no llegaba a los trescientos mil habitantes, o por lo menos así era antes de que Vladimir Putin invadiese Ucrania en 2022. Mi lugar de nacimiento no fue, por entero, una cuestión de elección, sino más bien una decisión de última hora. Mi madre, siempre ingeniosa, optó por Cherkasy porque su padre vivía allí. Con su fecha de parto acercándose rápidamente, buscó un entorno familiar y un poco de apoyo mientras se embarcaba en su parto por su cuenta.

Hay un término que describe a los niños como yo: «bebés de la noche de bodas». La historia de amor de mis padres fue un breve romance (un cortejo de sólo cinco citas) que culminó con que mi padre, un capitán que pronto sería movilizado a un barco soviético, le propuso matrimonio a mi madre. No dispusieron más que de algunos días para oficializar las cosas antes de que le enviaran a navegar desde Severomorsk, un puerto muy al norte del círculo polar ártico, base de la flota rusa septentrional. Estaría en alta mar durante nueve meses.

A día de hoy, mi padre se ríe de cómo, en el día de su boda, todos los signos cósmicos le apremiaban a huir. En primer lugar, el taxi llegó tarde, haciendo que llegaran tarde a la ceremonia. En segundo lugar, los dos testigos cayeron enfermos debido a un virus inexplicable y no pudieron asistir. En tercer lugar, mi padre recibió una llamada urgente en la que le decían que su barco había desaparecido (una falsa alarma, ya que resultó ser que el barco había sido trasladado para su mantenimiento sin que se informara debidamente de ello). En definitiva, el día de su boda fue un fiasco. Los detalles de la noche de bodas siguen siendo un misterio, excepto por un hecho innegable: fue la noche en la que fui concebida.

Años después, en mi veintena, mi padre me dio un álbum. No estaba lleno de fotos de bebés ni de recuerdos de salidas familiares: no podían existir, ya que mi padre no formó parte de mi niñez. En lugar de ello, el álbum registraba la relación de mis padres durante la movilización de él tras su boda. Entre sus páginas había cartas que los jóvenes recién casados habían intercambiado. Al principio, su correspondencia estaba llena de amor y de la emoción de desarrollar una vida juntos. La alegría de la inminente paternidad y maternidad iluminó sus intercambios, mientras mi madre compartía sus primeros indicios de mi existencia.

Sin embargo, el tono de las cartas pronto cambió. Las dificultades económicas hicieron su aparición, el compromiso emocional flaqueó y el sueño de una familia cohesionada empezó a desmoronarse. Para cuando el barco de mi padre llegó a puerto, yo ya había nacido, y mi madre no quería tener nada que ver con él. Cuando él llegó al hospital, se encontró con los papeles del divorcio y se le pidió que desapareciese de mi vida hasta que yo cumpliera veintiún años.

Pese a ello, la genética tiene su propio sentido del humor. A pesar del linaje dominante de mi madre, de ojos azules y rubia, yo surgí con un marcado contraste: los ojos marrones de mi padre, una melena oscura y rizada y una piel de porcelana (un guiño a la herencia askenazí de mi padre). A lo largo de mi niñez, mi madre y yo frecuentemente atraíamos miradas perplejas de desconocidos, ya que éramos una pareja extraña.

La caída del Imperio soviético

En 1989, cuando tenía un año y medio, mi madre se volvió a casar, y nos mudamos a Moscú. Dos años después, el 25 de diciembre de 1991, Mijaíl Gorbachov pronunció su último discurso como líder de la URSS, explicando la razón por la que dimitía: «La razón era evidente: la sociedad se estaba ahogando bajo el control del sistema de mandato burocrático. Condenado a servir a la ideología y a soportar la terrible carga de la carrera armamentística, había sido lle-

vado al límite de lo que era posible», afirmó Gorbachov. «Todos los intentos de reformas parciales (y hubo muchos) fracasaron, uno tras otro. El país había perdido su dirección. Era imposible seguir viviendo así. Todo tenía que cambiarse radicalmente».

Esa Nochevieja, la atmósfera en nuestro cuarto de estar en Moscú estaba cargada con algo más que la incertidumbre y las ilusiones usuales. Cada televisor que había en la enorme superficie de la Unión Soviética estaba sintonizado en el mismo canal. Boris Yeltsin (el presidente recién elegido de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) y el primer jefe de estado elegido por el pueblo en la historia de Rusia) estaba a punto de anunciar el inicio de una nueva era para Rusia y sus repúblicas satélite como estado independiente. Yeltsin también prometió transformar la economía planificada de Rusia en una economía capitalista de mercado: en otras palabras, planificó acabar el trabajo que Gorbachov había empezado. Y ciertamente, la presidencia de Yeltsin se vio marcada por importantes reformas políticas y económicas en Rusia. Al poco tiempo implementaría la terapia económica de choque, introduciendo el rublo en el mercado libre, instituyendo la privatización a nivel nacional y eliminando los controles de precios.

Con una solemnidad que se correspondía con el peso histórico del momento, mientras el reloj daba las campanadas de esa medianoche esa Nochevieja, Yeltsin declaró disuelta la URSS, un mastodonte que se había mantenido firme durante décadas.

Yeltsin finalizó su discurso con las siguientes palabras: «Nosotros, la gente de múltiples nacionalidades de Rusia, unidos por un destino común en nuestra tierra... declaramos nuestra soberanía».

Estaba a punto de cumplir cuatro años. Mientras los niños de mi edad en Occidente daban por hecha la estabilidad de sus gobiernos o no pensaban en el gobierno en absoluto, fui testigo, de primera mano, de la desintegración de la estructura que había constituido la mismísima base de nuestra vida. La mayoría de la gente considera que los gobiernos son eternos y que su permanencia es algo tan cierto como que el Sol sale cada día. Mientras se formaban mis recuerdos más tempranos, mis ojos se abrieron a una verdad profunda:

incluso la más poderosa de las estructuras puede desmoronarse. Quizás, los únicos estadounidenses que tendrían unos recuerdos de niñez similares fueron los que vivieron el asesinato de JFK en 1963.

La comprensión de que los gobiernos y sus líderes son falibles dejó una cicatriz permanente en mi psique. Mientras el mundo a mi alrededor seguía, y sigue en la actualidad, evolucionando, esta nueva comprensión de la transitoriedad se convirtió en una piedra angular de mi visión del mundo. El conocimiento de que las bases pueden cambiar y de que lo familiar puede convertirse en algo desconocido prácticamente de la noche a la mañana, moldeó mi perspectiva de formas profundas y duraderas. Me cuestionaba todo y a todos, incluyendo a los adultos que tenía a mi alrededor. Después de todo, si el líder de una de las mayores superpotencias de la Tierra no podía mantenerla unida, ¿qué le daba a cualquier otro alguna autoridad?

Contrariamente a lo que me pareció entonces, la caída de la Unión Soviética no fue un evento abrupto, sino la culminación de varios factores críticos. Principalmente estaba el coste creciente de la Guerra Fría: una disputa agotadora a lo largo de varias décadas por la supremacía militar e ideológica con Estados Unidos que exigió demasiado de los recursos de ambas naciones. Las crecientes presiones internacionales, con otros actores globales aguijoneando la estabilidad de las superpotencias, exacerbó la situación. Además, una crisis ideológica interna se estaba cocinando en el corazón de la Unión Soviética. Había un creciente descontento y escepticismo entre sus gentes y sus líderes sobre la sostenibilidad y la moralidad del comunismo. Las dudas sobre si el sistema económico de la nación podría sacar adelante a su pueblo y competir en el escenario mundial dieron lugar a un debilitamiento de la convicción en el camino del comunismo. Colectivamente, estos elementos erosionaron los cimientos del gigante soviético, y dieron lugar a su disolución final e histórica.

En el corazón de la desilusión con respecto a la Unión Soviética estaba el viejo debate entre el comunismo y el capitalismo, ideologías que han moldeado el curso de las naciones y la economía a lo largo de la historia moderna. La mayoría de las naciones discu-

rren por un camino intermedio, integrando elementos del socialismo y el comunismo a los principios del capitalismo en grados variables. Estados Unidos, por ejemplo, suele considerarse el bastión del capitalismo, un sistema apuntalado por la economía dirigida por el mercado y el emprendimiento individual, aunque entre éstos se intercalan ciertas redes y programas de seguro social. En contraste, China funciona, nominalmente, bajo un sistema socialista que, a lo largo de las últimas décadas, ha adoptado en gran medida el capitalismo respaldado por el estado, caracterizado por una fuerte intervención y orientación por parte del estado, incluyendo la implementación de «planes quinquenales» (un concepto que recuerda a la planificación central tan esencial para la ideología comunista).

Habiendo experimentado ambos sistemas de primera mano, me he convertido en una defensora de que haya menos gobierno y más libertades individuales y oportunidades. Sin embargo, vivir la transición de Rusia del racionamiento a la riqueza supuso un viaje increíblemente lleno de baches.

Sistemas de gobierno

Hay varios sistemas políticos de gobierno principales, cada uno de ellos con su propia estructura y principios para dirigir un país. Aquí tenemos algunos de los sistemas políticos más comunes:

1. **Democracia:** En una democracia, el poder reside en el pueblo. Los ciudadanos tienen el derecho a participar en el proceso de toma de decisiones, frecuentemente a través de elecciones libres y justas. Las democracias representativas, como las de Estados Unidos y muchos países occidentales, implican a ediles o funcionarios electos que toman decisiones en nombre de la gente, mientras que en las de-

mocracias directas es la gente la que toma esas decisiones. Las democracias pueden variar, en cuanto a su estructura, desde repúblicas a sistemas parlamentarios. Como ejemplos de democracias tenemos a Estados Unidos, Canadá, Francia e Israel.

2. **Monarquía:** En una monarquía, el monarca posee la autoridad suprema, y el puesto suele heredarse. Hay dos tipos principales de monarquía:
 - **Monarquía absolutista:** El monarca posee un poder prácticamente ilimitado. Como ejemplos tenemos a Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos.
 - **Monarquía constitucional:** Los poderes del monarca están limitados por una Constitución o por leyes, y puede haber un cuerpo legislativo electo junto con la monarquía (p. ej.: Reino Unido, Suecia y España).
3. **Autoritarismo:** En los sistemas autoritarios, el poder está concentrado en las manos de un único líder o pequeño grupo de personas. La oposición política está reprimida y las libertades civiles pueden estar limitadas. Los gobiernos autoritarios no tienen ninguna responsabilidad para con la gente, hay una competencia política limitada y hay restricciones a la libertad de expresión. Como ejemplos tenemos a la Rusia actual y Siria.
4. **Totalitarismo:** Los regímenes totalitarios ejercen un control extremo sobre todos los aspectos de la sociedad, incluyendo la política, la economía, la cultura e incluso la vida personal. Estos gobiernos suelen emplear la propaganda y la censura para mantener su control del poder. Corea del Norte es un ejemplo frecuentemente citado de régimen totalitario.
5. **Teocracia:** En una teocracia, los líderes o las instituciones religiosos ostentan el poder político, y las decisiones del gobierno se ven fuertemente influidas por la doctrina o

los principios religiosos. Irán es un ejemplo de teocracia actual.

6. **Comunismo:** En un sistema comunista, el gobierno controla todos los aspectos de la economía, y la propiedad de los bienes es de propiedad conjunta. El objetivo consiste en crear una sociedad sin clases en la que la riqueza y los recursos se repartan por igual. En la práctica, los regímenes comunistas han dado frecuentemente como resultado un gobierno autoritario. Ejemplos de ello son la República Popular China y Cuba.

La década de 1990 abrió paso a un período de profundas transformaciones en Rusia, marcando un alejamiento del control centralizado de la era soviética hacia un paisaje emergente de capitalismo en ciernes. Este fue un momento de dicotomías extremas, ya que los restos de una economía de racionamiento perduraban entre los signos nacientes de un cambio dirigido por el mercado. Mis recuerdos de esos primeros años posteriores a la era soviética están marcados por las crueles realidades de la escasez. Recuerdo los pasillos vacíos en los supermercados, la limitada variedad de coches que tachonaban las carreteras y una resignación colectiva en cuanto al hecho de que los deseos seguían, muy frecuentemente, sin verse satisfechos.

Bajo la URSS (compuesta por quince repúblicas que abarcaban once husos horarios y que incluía a Rusia, Ucrania, Georgia, Letonia y Estonia), se había considerado a los ciudadanos más bien como componentes funcionales del gran estado que como individuos con aspiraciones personales. Este sistema tenía algunos beneficios: lo creas o no, la igualdad de género estaba más avanzada en el sistema soviético que en Occidente; se disponía de una educación universitaria completamente subvencionada, que se alentaba para cualquiera que la deseara, independientemente de su género. Cier-